



Lecturas devocionales para la mujer

VIRTUOSA

VALIOSA
INFLUYENTE
REFLEXIVA
TRANSFORMADA
UNICA
OCUPADA
SABIA
AUTÉNTICA

ABRIL

https://vidakristiana.blogspot.com/



Mónica Díaz

Nada de malo, todo de bueno

«No hay mayor placer que ser halagado por los sabios y los capaces».
Selma Lagerhoff

Se cuenta que cuando el brillante científico alemán Albert Einstein recibió el Premio Nobel de Física en 1921, un reportero le preguntó:

—Señor Einstein, ¿qué se siente al ser la persona más inteligente del mundo?

—No lo sé, pregúntele a Nikola Tesla —fue la respuesta de Einstein.

Respuesta que me encanta, por dos razones. La primera razón es porque muestra la humildad en acción; y la segunda es porque nos enseña a ser generosas con nuestras palabras. Lamentablemente, en esto de ser generosas con nuestras palabras, todas solemos fallar.

Es interesante que nos sobran los adjetivos positivos cuando hablamos de nosotras mismas, pero somos parcas en palabras cuando se trata de elogiar a otras personas. La Biblia nos invita a hacer justamente lo contrario: «Deja que sean otros los que te alaben; no está bien que te alabes tú mismo» (Prov. 27: 2). Que sean otros los que hablen bien de ti; tú, habla bien de los otros.

Creo que la razón principal por la que a todas nos cuesta elogiar a los demás es porque sentimos que, al poner a otro en una luz favorable, nos ponemos a nosotras mismas en una desfavorable (como si valiéramos menos que el otro al que estamos elogiando). Pero esto no es así. De hecho, para hablar bien de otra persona hay que tener un alma grande, una mirada amable sobre el ser humano, un concepto claro del elevado valor que tenemos para Dios, y un gran respeto por los dones que el Señor reparte a cada uno. Todo esto dice muy bien de una persona. La clave del elogio de calidad es entender que, en última instancia, es un halago al Creador, que nos ha hecho como somos; y al Espíritu Santo, que nos da los dones que tenemos.

Además de que hablar bien de otras personas (sin hipocresía, por supuesto; siempre creyendo que las palabras que expresamos son verdad sobre esa persona) habla bien de nosotras mismas, fíjate en los beneficios que tiene. Según la filósofa María Alejandra Morgado Cusati, el elogio sincero y oportuno «potencia el rendimiento, incrementa el estado de ánimo, fomenta la amabilidad, fortalece las relaciones interpersonales y nos ayuda a desarrollar las habilidades sociales».* Todos ellos beneficios muy interesantes, ¿no te parece?

Como ves, halagar las capacidades ajenas no tiene nada de malo; lo tiene todo de bueno. Y es el mayor placer para quien recibe el elogio.

«Por su buen juicio es alabada una persona»
(Prov. 12: 8, BLP).

* «5 beneficios de los elogios», mejorconsalud.as.com, abril de 2022.

La esencia

«La esencia de la verdad es la verdad de la esencia».
Martin Heidegger

En Jaén, España, el conocido periodista y autor de novelas, Arturo Pérez-Reverte, charlaba con Juan Eslava Galán, escritor de libros de género histórico.

—¿En qué andas metido ahora? —le preguntó Pérez-Reverte.

—Pues aún no le he puesto título pero, en esencia, estoy escribiendo una historia de la guerra civil que no le va a gustar a nadie.

—¡Ese es el título! —sentenció Pérez-Reverte, sin duda un maestro de la literatura.*

Qué difícil es a veces captar y explicar con palabras la esencia de algo; no solo de un libro, para lograr ponerle título, sino de muchas otras cosas en la vida. Por ejemplo, si del evangelio se tratara, ¿cuál dirías tú que es la esencia? ¿A qué dirías que se reduce el evangelio? ¿Cómo le explicarías a un no creyente cuál es la esencia del mensaje del evangelio? ¿Podrías explicarlo en una sola frase, a modo de titular? Es importante tenerlo claro porque, como afirmó el teólogo Robert Charles Sproul, «si distorsionamos el evangelio, esa distorsión influenciará y afectará todo el resto de lo que creemos en la fe cristiana».

En sí misma, la palabra «evangelio» significa «buenas nuevas», expresión que se refiere a la llegada del reino de Dios a este mundo en la persona de Jesús, su Hijo.** Por lo tanto, la persona de Jesús, quien es el resplandor de la gloria del Padre (ver Heb. 1: 3), «la imagen del Dios invisible» (Col. 1: 15, NVI), es la esencia del evangelio. Si tuviéramos que ponerle un título al evangelio, podría ser «Jesús».

Vivir el evangelio es

- *conocer a Jesús* cada vez mejor;
- *creer en Jesús* cada vez más;
- *amar a Jesús* y al prójimo (que van de la mano);
- *encontrar en Jesús libertad* de la esclavitud del pecado;
- *seguir a Jesús*, imitando los rasgos de su personalidad y teniendo una conducta acorde con los parámetros morales y espirituales que él nos ha dado; y
- *hablar de Jesús*, para que otros lo conozcan y encuentren así la salvación.

«Salva en Jesús». ¿Qué te parece esta frase como título de tu vida cristiana? ¿Acaso no es esa la esencia de tu cristianismo? Sin duda la salvación en Cristo es la más maravillosa de las noticias que los seres humanos podríamos recibir.

«Salva en Jesús»; si este es el título del libro de tu vida, asegúrate de no perder nunca la esencia.

***«Por medio de Cristo, Dios derramó su gracia sobre nosotros y luego nos envió a todas las naciones»* (Rom. 1: 5, NBV).**

* Juan Eslava Galán, *Una historia de la guerra civil que no va a gustar a nadie* (Barcelona: Planeta, 2019), p. 9.

** *Comentario bíblico de Andrews*, t. 2, «Introducción a los libros históricos del Nuevo Testamento».

Un plan magistral

«El discipulado tiene su origen,
su medio y su fin en Jesucristo».
Alejandro Bullón

En una oportunidad, antes de comenzar a predicar, el pastor Alejandro Bullón preguntó:

—¿Cuántos miembros tiene esta iglesia?

Una mujer levantó la mano y puntualizó:

—En esta iglesia ya no tenemos miembros, todos somos discípulos.

—¿Y cómo lograron algo tan extraordinario? —quiso saber Bullón, impresionado.

El anciano de iglesia, que estaba en la plataforma junto al pastor Bullón, le respondió:

—El año pasado tomamos un voto para cambiar de nomenclatura.*

«Miembro de iglesia» y «discípulo de Cristo» no son lo mismo. Ciertamente, pueden (y deben) darse ambas nomenclaturas en una misma persona, pero no siempre sucede así. ¿Cuál de ellas se aplica a tu experiencia cristiana actual? Para dar una respuesta certera, definamos con precisión el significado de cada una.

Ser «miembro de iglesia» significa formar parte de una congregación religiosa, a la que se entra por medio del bautismo; ser «discípulo de Cristo» significa algo mucho más profundo, e impacta radicalmente la manera de vivir. La palabra griega del Nuevo Testamento que se traduce como «discípulo» es *mathetés*, y hace referencia a la persona que sigue a un maestro para aprender de él. Un discípulo es, por tanto, un aprendiz. En el caso del discipulado cristiano, se trata de tener como Maestro a Cristo, posicionándonos así a nosotros mismos como aprendices, no de vanas teorías, sino de una manera de vivir caracterizada por un caminar con Dios diariamente.

La esencia del discipulado es seguir al Maestro, en el sentido de aprender de él para reflejar cada vez más y mejor su elevada sabiduría. «El propósito de la invitación de Jesús a que lo siguieran no tenía como objetivo hacer crecer numéricamente la iglesia; era una invitación al compañerismo, a la comunión y al aprendizaje personal con él. El objetivo final era restaurar su carácter en los discípulos».**

Jesús desea para ti algo mucho mejor y más profundo que el mero hecho de que seas miembro de su iglesia; lo que desea es hacer de ti un discípulo, para que vivas con sabiduría de lo alto. Ese es el método que él utiliza para preparar a un pueblo para su Segunda Venida. Y por si eso fuera poco, hay un extra: al ver a Jesús reflejado en ti, otros decidirán seguirlo también. Dime tú si ese no es un plan magistral.

«Id, pues, y haced discípulos de todas las naciones» (Mat. 28: 19, LBLA).

---

* Alejandro Bullón, *Mientras vamos: Aprendiendo del Maestro el discipulado auténtico* (Hagerstown, Maryland: Review and Herald, 2021), p. 11.

** *Ibid*, p. 14.

Quien cura se cura

«La búsqueda del bien de los demás es el camino por el que puede hallarse la verdadera felicidad».
Elena G. de White

Hace ya dos mil quinientos años afirmó Hipócrates, el brillante médico de la antigua Grecia: «Quien cura se cura». Lo decía en el contexto del impacto que tiene sobre el propio médico el hecho de no solo tratar físicamente la enfermedad de una persona, sino además extenderle una mano afectuosa y brindarle consuelo. Con esta frase intentaba Hipócrates formar a futuros médicos en el ejercicio de una medicina humanizada. Hoy por hoy, están más que demostrados los efectos positivos que tiene sobre la salud el dar y recibir atención y consuelo. Y esto no solo es cierto respecto a la salud física, sino también a la mental. Traslademos esta filosofía al plano espiritual.

A veces, la «enfermedad» que nos aqueja es espiritual; sufrimos desánimo, tristeza y desesperanza. Para combatirlos, contamos con las verdades bíblicas, que nos fortalecen. Pero existe algo más que puede ayudarnos a experimentar una mejoría aún mayor: volcarnos en llevar afecto y consuelo a otros.

Elena G. de White escribió dos impactantes reflexiones que señalan en esta dirección:

> «Muchos están tristes y desanimados, débiles en fe y confianza. Hagan algo para ayudar a alguien más necesitado que ustedes mismos y llegarán a ser fuertes en el poder de Dios. [...] Al consolar a otros, ustedes mismos serán consolados».*
>
> «Cristo vino a este mundo para revelar el amor de Dios. Sus seguidores deben continuar la obra que él comenzó. Esforcémonos por ayudarnos y fortalecernos mutuamente. La búsqueda del bien de los demás es el camino por el que puede hallarse la verdadera felicidad. [...] Cuanto más desprendido sea su espíritu, tanto más feliz será, porque está cumpliendo el propósito de Dios para usted».**

¿Estás triste y desanimada, débil en fe y en confianza? Ayuda a otros. Busca el bien de alguien más. Eso te hará fuerte en el poder de Dios; te hará sentir consolada; y será un camino que emprendas hacia la verdadera felicidad.

Porque quien cura, se cura.

«Así se debe trabajar y ayudar a los que están en necesidad, recordando aquellas palabras del Señor Jesús: "Hay más dicha en dar que en recibir"» (Hech. 20: 35).

---

* *Servicio cristiano* (Doral, Florida: IADPA / México D. F.: GEMA, 2012), cap. 13, p. 157.

** *Consejos sobre mayordomía cristiana* (Doral, Florida: IADPA / México D. F.: GEMA, 2012), p. 26.

Y si te llaman «tonta», no pasa nada

«Toda persona honrada prefiere perder el aplauso antes que la conciencia». **Michel de Montaigne**

Un granjero estaba en el campo junto con uno de sus trabajadores, al que había pedido ayuda para salir a marcar sus reses. Concentrados en el trabajo, fueron a parar sin darse cuenta a donde comenzaban los terrenos de su vecino, también ganadero, y también dedicado a la venta de reses. El granjero sabía perfectamente bien que toda res que se encontrara en aquel terreno debía ser marcada con la identificación de su vecino, así que se disponía a regresar hacia su granja cuando su empleado se lanzó a marcar con el sello de ellos una res que acababa de encontrar en aquel terreno que no les pertenecía.

—¡¿Qué haces?! —le preguntó inmediatamente.

—No se preocupe, jefe, nadie se dará cuenta de que esta vaca no es suya —respondió el trabajador.

—Deja ese hierro y vete —le ordenó.

De vuelta a casa, el patrón iba pensando: «Un hombre que roba para mí, también me robará a mí». Y se sintió satisfecho con una vaca menos, pero con la honradez intacta. Por su parte, el empleado se fue a su casa pensando que su jefe era tonto.

Pero parecer tonto no es lo mismo que ser tonto. A los ojos de quien nos mira y nos juzga —cosa que no podemos evitar— nuestra imagen será positiva o negativa, digna de aplauso o de burla, en función de la manera de pensar de esa persona; pero hay cosas que no son visibles a los ojos, y esas son las esenciales. Así como cada mañana tengo que mirarme en el espejo de casa para asegurarme de que estoy bien por fuera, cada mañana tengo que mirarme en otro tipo de «espejo» para asegurarme de que todo está bien por dentro. Ese espejo es la Palabra de Dios.

«El que solamente oye el mensaje, y no lo practica, es como el hombre que se mira la cara en un espejo: se ve a sí mismo, pero en cuanto da la vuelta se olvida de cómo es. Pero el que no olvida lo que oye, sino que se fija atentamente en la ley perfecta de la libertad, y permanece firme cumpliendo lo que ella manda, será feliz en lo que hace» (Sant. 1: 23-24).

¿Quieres ser feliz en lo que haces? No olvides lo que eres: una mujer que necesita poner ante sí, cada mañana, los valores del evangelio, para encarnarlos en su vida. Y si te llaman «tonta», no pasa nada, porque esa noche dormirás con la conciencia tranquila.

«Confiamos en que tenemos una buena conciencia, deseando conducirnos honradamente en todo» (Heb. 13: 18, LBLA).

https://vidakristiana.blogspot.com/

No es bueno

«La soledad fue lo primero que Dios dijo que no era bueno».
John Milton



¿Qué prefieres, vivir donde se respira aire puro o contaminado? Si te dijeran que puedes comer todo lo que quieras porque la obesidad no es mala, ¿lo creerías? Si intentaran convencerte de beber alcohol sin restricciones, ¿lo lograrían? Sabemos qué conductas tienen repercusiones negativas sobre nuestra salud, por eso las evitamos; pero de vez en cuando aparece «nueva» información que nos lleva a replantearnos algunos conceptos.

Los investigadores Julianne Holt-Lunstad y Timothy Smith realizaron un estudio* que arrojó los siguientes resultados: vivir en un lugar altamente contaminado aumenta el riesgo de muerte prematura en un 5%; tener obesidad, en un 20%; beber alcohol en exceso, en un 30%; y —aquí viene lo «novedoso»—, sentirse solo incrementa en un 45% el riesgo de morir jóvenes, tanto entre hombres como mujeres y sea cual sea el país donde vivan.

«Sentirse socialmente conectado no solo influye sobre la salud psicológica y emocional; también tiene una influencia significativamente positiva sobre el bienestar físico y la longevidad», afirman los autores del estudio. Para mí, que vivo sola, es una llamada de atención. Aunque comprendo que no es lo mismo vivir sola que sentirse sola, no quisiera venir a descubrir dentro de diez años que me cuidé de tantas cosas por miedo a la muerte y la enfermedad, pero descuidé una decisiva: establecer conexiones sociales significativas con otros seres humanos (no se ofendan las amantes de los perros y los gatos, pero las relaciones humanas son otro nivel de conexión).

En muchos países, aumentan año tras año las cifras de personas que viven solas; por si eso fuera poco, cada vez confiamos menos en los demás, nos aislamos para evitar conflictos, nos desconectamos porque rehuimos el compromiso, y nos polarizamos (política y socialmente) para no vivir situaciones polémicas, conversaciones difíciles o momentos desgastantes. Poca gente toma la iniciativa de hacer grupo, generar confianza o rescatar la noción de que somos seres primordialmente sociales y, cuando dejamos esa esencia a un lado, sufrimos las consecuencias. Yo quiero ser parte de esa poca gente.

Hemos sido creadas para conectar con los demás; este es un principio de gran relevancia espiritual. Necesitamos familiaridad, amistad, compañerismo y hermandad. Sin ellos, nuestra vida es más triste..., y más corta. Pensándolo bien, esto no es tan nuevo. La soledad fue lo primero que Dios dijo que no era bueno (ver Gén. 2: 18).

«La cuerda de tres hilos no se rompe fácilmente» (Ecl. 4: 12).

---

* «Soledad y aislamiento social: factores de riesgo de mortalidad» (Utah: Brigham Young University), 2015.

El denominador común

«Un denominador común que nunca cambia es que todos necesitamos saber que lo que hacemos, lo que decimos y lo que somos importa».
Oprah Winfrey

En la tribu bemba de Sudáfrica, tienen una ceremonia maravillosa. Cuando una persona actúa irresponsable o injustamente, la sitúan en el centro del poblado, y todos los hombres, mujeres y niños forman un círculo alrededor. Entonces, uno a uno, comienzan a gritarle las cosas buenas que ha hecho. Le recuerdan a viva voz sus virtudes, buenas obras, fortalezas y actos de generosidad. Y la ceremonia no termina hasta que cada uno ha hecho todos los comentarios positivos que pueda recordar sobre la persona en cuestión. Al final, se rompe el círculo tribal, y la persona es aceptada en la tribu.*

Qué forma tan poderosa de regular a alguien que se encuentra peligrosamente coqueteando con el mal. Está muy en sintonía con esta declaración del psiquiatra estadounidense Bruce Perry: «Sin una conexión con personas a quienes les importamos y que nos apoyan es casi imposible mantenernos alejados de alguna forma no sana de recompensa y regulación».** Y si esa conexión viene acompañada de palabras positivas y alentadoras, dichas con amor, tiene la capacidad de llegar al corazón del otro y transformarlo.

Una de las mejores formas de inspirar a alguien a aceptar el perdón de Cristo y de sus semejantes, dejando atrás todo sentimiento de culpa y vergüenza, es mediante palabras de afirmación y cariño. Palabras que acarician y bendicen; palabras que reconstruyen. Lamentablemente, vivimos en una cultura parca en palabras de apoyo y abundante en palabras de descalificación. Es importante contrarrestar ese desequilibrio. Nuestro Dios es un Dios de afirmación, cuyo amor se traduce en palabras que motivan. Por eso da a su pueblo mensajes como: «Yo sé todo lo que haces; conozco tu duro trabajo y tu constancia. [...] Has sido constante, y has sufrido mucho por mi causa, sin cansarte» (Apoc. 2: 2-3).

«En la lengua hay poder de vida y muerte», dice el libro de Proverbios (18: 21, NVI). Usemos palabras de afirmación que levanten del polvo al hermano caído, volviéndolo a una vida digna y emocionalmente libre. Palabras que sean sinceras y que conduzcan a Dios, no al orgullo. Palabras que sean como una caricia que dice «sana, sana, colita de rana». Porque todos necesitamos sanar de alguna herida.

«Las palabras dulces son un panal de miel: endulzan el ánimo y dan nuevas fuerzas» (Prov. 16: 24).

---

* Tojo Thatchenkery, «Affirmation as intervention», trabajo presentado en la Conferencia Internacional sobre el Lenguaje en el Desarrollo y la Gestión del Cambio Organizacional, 14 a 16 de mayo de 1999.

** *What happened to you* (Nueva York: Flatiron Books, 2021), p. 66.

Sin prisa, pero sin pausa

«Demos tiempo al tiempo:
para que el vaso rebose hay que llenarlo primero».
Antonio Machado

Cuenta una historia que un joven se acercó a su maestro y le preguntó:

—¿Cuánto tiempo debo estudiar para ser su mejor alumno?

—Diez años —le respondió el maestro.

—¡Pero diez años es demasiado tiempo! —protestó el joven—. ¿Y si estudio el doble que los demás alumnos?

—Entonces te llevará veinte años.*

Como este joven, nosotras también nos frustramos a veces al ver que no progresamos como quisiéramos hacerlo. Al igual que él, también vivimos en la era de la prisa, que nos hace esperar resultados inmediatos y eficiencia instantánea. Creemos que cuanto antes, mejor; pero esto no funciona así en el ámbito espiritual. La cultura de la abundancia que nos rodea nos ha hecho impacientes, amantes de la gratificación inmediata, y eso tiene su contraparte: hemos dejado de valorar los beneficios de cocinar a fuego lento.

Para empezar, la paciencia es uno de los frutos del Espíritu (ver Gál. 5: 22-23). Y, de hecho, en la naturaleza, el proceso de dar fruto lleva siempre su tiempo. Por mucho que uno riegue el terreno, no obtendrá la cosecha antes, sino todo lo contrario: ahogará el posible resultado que obtendría, por el hecho de querer obtenerlo antes de tiempo.

Entender que Dios no vive inmerso en la cultura de la prisa es muy importante para que no nos desesperemos si no alcanzamos el nivel de madurez espiritual que juzgamos deberíamos tener ¡ya! Quien juzga no soy yo, es el Señor de la viña; y él es también quien planta, riega, cosecha y sabe que la lluvia temprana y la tardía llegarán a su debido tiempo.

La fe se desarrolla con cada prueba superada, cada problema en el que no estuvimos solas, cada oración contestada, cada experiencia vivida y verdad aprendida... Así, con tiempo, poco a poco, es como se cava hondo. Por eso, ten paciencia; los frutos llegan cuando tienen que llegar. Se trata de ejercer fe, de tener confianza en que Dios tiene sus razones para hacer las cosas como las hace.

Si más rápido fuera mejor, la impaciencia sería un fruto del Espíritu.

«No es que el Señor se tarde en cumplir su promesa, como algunos suponen, sino que tiene paciencia con ustedes, pues no quiere que nadie muera, sino que todos se vuelvan a Dios» (2 Ped. 3: 9).

---

* John Ortberg, *Me. The Me I Want to Be* (Michigan: Zondervan, 2010), p. 75.

¿Esclava de un «esclavo»?

«Los hombres a quienes se les ordena llevar al esclavo a su castigo, le extienden los brazos y le atan las manos a un pedazo de madera».
Dionisio de Halicarnaso, siglo I a. C.

A veces me comparo a mí misma con personajes de la Biblia y me sorprende lo diferentes que somos y el daño que la cultura en la que me crie ha causado sobre mi manera de pensar. Por ejemplo, cuando me convertí, tardé mucho tiempo en decirles a mis amigos y conocidos que me había cambiado de religión. Tenía miedo al rechazo, al prejuicio, al qué dirán por las nuevas creencias que ahora tenía. Me avergonzaba pertenecer a un movimiento impopular por aquel entonces en mi país, España. Y más viendo en la televisión noticias sobre «sectas», en las que incluían a menudo a la Iglesia Adventista. Yo no quería que nadie me considerara inferior a como lo habían hecho hasta entonces, y estaba convencida de que así lo harían cuando lo descubrieran. Guardé celosamente mi nueva confesión religiosa para no ser considerada de segunda categoría.

Y de pronto, me topo en la Biblia con el apóstol Pablo, gritando a viento y marea que era «siervo de Cristo Jesús» (Rom. 1: 1). Si estaba mal visto en la España de hace treinta años ser adventista, mucho peor estaba visto en la Roma del siglo I ser esclavo de un «esclavo». ¿Y por qué digo de un «esclavo»? Porque en la práctica penal romana de aquella época, la crucifixión estaba reservada a los esclavos, de ahí que Séneca la llamara «*supplicciun servile*», el suplicio de los esclavos. La condena a morir en la cruz manifestaba el estatus social del «criminal». Quien escuchaba a Pablo decir «yo, y la gente que como yo es cristiana, somos esclavos de un crucificado llamado Jesús», lo que entendía era: son esclavos de un esclavo.

El Pablo que escribió estas palabras tan fuertes se encontraba en el polo opuesto de pensamiento en el que me encontraba yo cuando me convertí. Él podría haberse presentado como «Pablo, el ciudadano romano, el gran intelectual», pero prefirió hacerlo como «el esclavo de un esclavo». No le importó suicidarse socialmente, ser tachado de ciudadano de segunda, y con esa actitud nos inspira valor.

¿Te importan los prejuicios sociales contra la religión? ¿Evitas decir que sigues a Cristo? ¿Intentas evadir el tema cuando estás con gente que no cree como tú? Sé imitadora de Pablo, así como él lo era de Cristo (1 Cor. 11: 1). Yo así lo hice, y ahora no solo no me avergüenzo de pertenecer a esta Iglesia, sino que hablar de ella me resulta una delicia porque, interiormente, pienso que Dios usará esa conversación para cumplir su propósito de salvar.

«La palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios» (1 Cor. 1: 18, RV95).

Ir contra la autoridad

«La conciencia es la presencia de Dios en el hombre».
Víctor Hugo

Por lo general, las mujeres no somos combativas; solemos ceder para mantener la paz y la tranquilidad. Por el bien de las relaciones familiares, laborales, sociales y eclesiásticas, hemos desarrollado una convicción interna de que es necesario ser sumisas a la autoridad. Pero ¿y si esa autoridad nos pide algo contrario a los principios bíblicos? ¿Qué hacer entonces? ¿A quién debo temer, a la autoridad, al combate, o a Dios? Hay dos mujeres en la Biblia que me ayudan a resolver esta duda; se llaman Sifra y Fúa. Si nunca has oído hablar de ellas, te resumo su historia, que se sitúa en Egipto, allá por los tiempos anteriores a la liberación del pueblo israelita de la esclavitud.

Sifra y Fúa eran dos parteras de las mujeres hebreas a las que, un buen día, el faraón les hizo la siguiente petición (que cuando viene del rey del alto y del bajo Egipto más que petición es una orden directa bajo pena de muerte): «Cuando atiendan a las hebreas en sus partos, fíjense en el sexo del recién nacido. Si es niña, déjenla vivir, pero si es niño, ¡mátenlo!» (Éxo. 1: 15-16). ¡¿Pero qué clase de petición/orden es esta que se les da a estas dos mujeres?! En otras palabras: maten a todos los niños que les nazcan a las hebreas. Matar no es cosa pequeña a los ojos de Dios.

¿Qué crees que hicieron estas dos mujeres? O quizás la pregunta más pertinente es: ¿Qué hubieras hecho tú? ¿Hubieras sido partícipe de una limpieza étnica? ¿Hubieras violado abiertamente el mandamiento explícito de no matar? No voy a fingir que tengo respuesta a estas preguntas tampoco; la vida no me ha puesto en situaciones de tal envergadura como para conocerme a mí misma lo suficiente para saber cuál sería mi conducta. Pero me encanta lo que hicieron las parteras: se negaron a cumplir la orden del faraón. Punto. Pase lo que pase.

Su desobediencia no pasó desapercibida, así que «tuvieron que comparecer ante el rey para explicar por qué habían dejado vivir a los niños». «Dieron esta excusa: "Porque las mujeres hebreas [...] son muy robustas y dan a luz antes de que nosotras lleguemos a atenderlas" (Éxo. 1: 18-19). Menuda respuesta; tremendo valor. Se atrevieron a desafiar a la autoridad civil porque pedía algo que iba en contra de la autoridad divina, y por eso precisamente «Dios las favoreció». Todo un ejemplo a seguir en materia de conciencia.

Señor, hazme saber cuándo esperas que te obedezca a ti antes que a nadie. Pon en mí ese temor santo que me permita ser fiel a una conciencia educada en tu Palabra.

«Como las parteras tuvieron temor de Dios, él las favoreció»
(Éxo. 1: 20-21).

Ante el dolor ajeno

***«El dolor de ahora es parte de la felicidad de antes. Esa es la cuestión».* C. S. Lewis**

Recientemente, una amiga mía perdió a su padre. Yo estaba con ella cuando el pastor de la iglesia llegó y, al verla llorar, la regañó diciendo: «No llores. Llorar por la muerte de alguien no tiene sentido para quienes tenemos esperanza». Si aquel comentario me dolió a mí, no quiero imaginar cuánto le dolió a ella. Nunca me comentó nada al respecto, pero el hecho de que, ante aquella frase, ella se echara a llorar todavía más, lo dice todo.

Esas palabras no me parecieron oportunas por varias razones, pero mencionaré solo tres. 1) Porque *Jesús lloró* tras la muerte de Lázaro (Juan 11: 35), y nadie diría que Jesús no tenía esperanza. Jesús no solo tenía esperanza, sino también poder para resucitar a su amigo de la muerte; pero también tenía emociones. Negar las emociones humanas sería como negar nuestra humanidad misma. 2) Porque *el dolor de una pérdida es inevitable*. Cuando hemos tenido tal conexión con alguien que nos generó felicidad, sufrir es la respuesta natural de nuestro cerebro al perder esa fuente de felicidad (esa fuente de liberación de dos hormonas de la felicidad llamadas oxitocina y dopamina). 3) Porque llevan implícito un *juicio de valor*, y acompañar a alguien en su peor momento requiere que lo hagamos sin juzgarlo, sin pretender comprender lo que está pasando. Cada sufrimiento es único, ¿quién soy yo para erigirme en juez del sufrimiento ajeno?

En *Sobre el duelo y el dolor*,* Elisabeth Kübler-Ross comenta: «Si pedimos a las personas que superen las etapas del duelo demasiado deprisa, lo único que conseguimos es alejarlas de nosotros. Siempre que pedimos a los demás que sean distintos a como son, o que sientan algo diferente, no los estamos aceptando como son ni aceptamos dónde se encuentran. A nadie le gusta que le pidan que cambie y nos disgusta todavía más cuando estamos de duelo».

Cuando perdemos a alguien, el mundo se detiene y todo parece irreal. No es el mejor momento para que nos den consejos, porque el cerebro no está preparado para absorberlos. Lo único que se consigue es alejar a la persona y perder su confianza. Dos tragedias en un solo día.

¿Quieres ayudar ante el dolor ajeno? Las palabras apenas son necesarias; se trata de aliviar con un abrazo y con nuestra simple presencia, dispuesta a hacer lo que deba hacerse.

***«El Señor está cerca, para salvar a los que tienen el corazón hecho pedazos y han perdido la esperanza»* (Sal. 34: 18).**

* (Buenos Aires: Oniro, 2017), p. 30.

Ser rica de verdad

«Mi sueño es tener mucho dinero para vivir tranquilo como los pobres». **Fernando Savater**

Comprobar tu riqueza es de lo más sencillo. Solo tienes que ir a una página web como http://www.globalrichlist.com/ e introducir tu salario anual. En cuestión de segundos, sabrás cuál es tu nivel económico en comparación con el resto de los habitantes del mundo; cuánto ganas por hora en contraste con el salario, por ejemplo, de un médico en Zimbabue; cuántos años les llevaría a algunos africanos conseguir el salario que tú ganas en uno; y otros datos que te abren los ojos a tu propia realidad financiera.

En cuestión de segundos, te sientes rica, por el simple hecho de saber que hay millones de personas mucho más pobres que tú. Y también en cuestión de segundos, se te abren los ojos a tu propia realidad espiritual, cuando esa misma página web te ofrece la posibilidad de donar lo que ganas en una hora para alguna obra benéfica. Una comprueba así que la «riqueza» de espíritu no va de la mano con las riquezas de este mundo. Rascarse el bolsillo duele. Y esto, Jesús lo sabía muy bien.

Por cierto, ¿sabías que, si tu salario es de 1,200$ ¡al año!, estás entre el 52% de la población más rica del mundo por nivel de ingresos?* ¿A que da mucho que pensar? Ciertamente, a mí me ha llevado a la conclusión de que se da una gran paradoja con esto de las «riquezas». Aunque ser rica por nivel de ingresos pueda ser algo objetivo, basado en parámetros que todos podemos medir, la riqueza de espíritu y el nivel de felicidad en la vida son totalmente relativos.

¿Sabías que Jesús habló más del dinero que de temas como, por ejemplo, el cielo o el infierno? Interesante. Él comprendía la naturaleza humana. Sabía que pensamos mucho en cómo hacer dinero, cómo ahorrar, invertir o gastar. Y tenía mucho que decirnos al respecto. Lo primero fue hacernos entender que somos mayordomos de las bendiciones que Dios nos concede. Que él es el dueño de todo y que, en su generosidad, nos permite disfrutarlo. Pero hay dos filosofías para disfrutarlo:

- usar el dinero y amar a la gente, o
- amar el dinero y usar a la gente.

¿Cuál es la tuya?

«El amor al dinero es raíz de toda clase de males; y hay quienes, por codicia, se han desviado de la fe y se han causado terribles sufrimientos» (1 Tim. 6: 10).

* http://www.globalrichlist.com/ [consultado en agosto de 2022].

Valorando mis valores

«Pierde una hora por la mañana y estarás buscándola todo el día».
Richard Whately

«Si pudieras elegir entre tener más tiempo y más dinero, ¿qué elegirías?». Te lanzo esta mañana esta pregunta, con la que comienza un interesante artículo publicado en el *New York Times*.* Uno de sus autores, el profesor Hal Hershfield, precisamente estaba enfrentando ese dilema. Acababa de ser padre a la par que lo habían invitado a dar un seminario lejos de donde vive, lo que significaría días fuera de casa. Le pagarían bastante, y eso era un atractivo fácil de cuantificar, pero ¿cómo cuantificar los días que se perdería de hacerle gugutatá a su pequeña? Se detuvo a pensar en que le quedaban apenas 222 semanas para que su hija comenzara la escuela, ¿se perdería una de ellas por dinero? ¿Qué le aportaría más felicidad, ese dinero o esos días con su bebé? Tenía clara la respuesta, y eso le llevó a hacer una investigación.

Entrevistó a 4,415 personas de diferentes edades, profesiones y estado civil, a las que les hizo la pregunta: «Si pudieras elegir entre tener más tiempo y más dinero, ¿qué elegirías?». El 64% afirmaron preferir el dinero. Luego pidieron a todos que valoraran de 1 a 10 su nivel de felicidad. Paradójicamente, el 36% que había elegido el tiempo sobre el dinero mostraron un nivel mucho mayor de felicidad que los que habían elegido el dinero. Tal vez porque el dinero conlleva una serie de preocupaciones que nos roban el bienestar, mientras que el disfrute de un tiempo de calidad es un método excelente para reducir el estrés y olvidar las preocupaciones.

Yo no soy quién para decir qué es mejor para cada cual, si tener más dinero o tener más tiempo, puesto que los valores los decide el individuo. Pero para quien decide basar sus valores en la Biblia, está muy claro. El dinero, en sí mismo, no es fuente de felicidad; el tiempo que Dios nos da, vivido como Dios quiere que lo vivamos, sí nos da felicidad. Y dentro de ese tiempo, un día de cada siete, 52 días de cada 365, son un oasis en el desierto de la preocupación y la ansiedad.

Guardar el sábado es la maravillosa y eficaz prescripción bíblica contra la depresión. Feliz sábado.

«Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos. Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor» (Efe. 5: 15-17, RV95).

* Hal Hershfield y Cassie Mogliner, «What Should You Choose: Time or Money?», *The New York Times*, 9 de septiembre de 2016.

La letra y el espíritu

«Es obra del Espíritu iluminar nuestras mentes para que sepamos cuál es su voluntad e inclinemos nuestros corazones a la obediencia».
Calvino

Existe una diferencia entre lo que hace una persona y la razón por la que lo hace. No siempre hay coherencia entre la ley que aparenta observar y por qué la observa. De hecho, ambas pueden ser diametralmente opuestas. Esto se aplica a la ley civil y a la de Dios.

Veamos un caso bíblico, en el ámbito de la ley civil, donde se cumplió con la letra, pero la intención era opuesta al espíritu de ella. La ley era: «Echad al río a todo hijo que nazca» (Éxo. 1: 22, RV95). La intención del faraón era que los israelitas no se siguieran multiplicando tan rápidamente en Egipto, para que no llegaran a tener tal fuerza que se convirtieran en poderosos enemigos (ver Éxodo 1: 9-10). Jocabed, cumpliendo aparentemente la letra de la ley civil, «tomó una canasta de juncos, [...] y puso al niño adentro; después fue y dejó la canasta entre los juncos que crecían a la orilla del río» (Éxo. 2: 3, TLA). Esta mujer «echó» a su hijo al río tal como decía la ley, pero su intención era la opuesta a la intención de la ley promovida por el faraón: ella quería salvar a su bebé para que el pueblo de Dios pudiera prosperar y contar con un libertador que los librara de la opresión.

Respecto a la ley de Dios, Jesús enseñó que la conformidad exterior con ella no sirve. Eso era lo que hacían los fariseos, que separaban para Dios el diezmo de todo, pero no hacían caso de lo más esencial de la ley, que es la justicia, la misericordia y la fidelidad (ver Mat. 23: 23). Disociar la letra de la ley de su esencia conduce al legalismo. Nos hace conceder la importancia a aparentar estar en sintonía con la ley cuando, en realidad, estamos lejos de ello. Así es difícil ser sensible al Espíritu, que quiere ponernos en sintonía con Dios.

¿Por qué respetas las leyes que respetas? ¿Estás convencida de que son buenas y necesarias? ¿Te has detenido a pensar por qué te riges por los principios que tienes? ¿Sabes qué es lo que hay detrás de ellos?

La clave de la vida cristiana es inclinarnos cada vez más a una obediencia racional, convencidas de que lo que Dios ha dispuesto para nosotras es lo que hubiéramos dispuesto nosotras mismas si conociéramos el fin desde el principio. De ese modo, nunca habrá incoherencia entre lo que aparentamos ser y lo que realmente somos.

Jesús «nos capacitó para ser ministros de un nuevo pacto, no de la letra, sino del Espíritu» (2 Cor. 3: 6, RV95). Ojalá lo seamos.

«Sabemos que la ley es buena, si se usa de ella conforme al propósito que tiene» (1 Tim. 1: 8).

¿Soy discípula de Jesús?

«Venid en pos de mí». Jesús

Cuando grandes multitudes seguían a Cristo (ver Luc. 14: 25), Jesús «les decía: "Si alguno viene a mí y no aborrece a su padre, madre, mujer, hijos, hermanos, hermanas y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo» (Luc. 14: 26, RV95). Qué radical, ¿verdad? Es difícil entender que el Maestro nos llame a odiar a nuestros seres cercanos o la propia vida que él mismo nos concede. ¿Es ese el nivel de exigencia del discipulado? No exactamente.

Ahí donde leemos «aborrecer», el texto original tiene la palabra *miseo*, que significa «amar menos», «adjudicar menos valor a algo». ¿Amar menos a quién que a quién? ¿Adjudicar menos valor a qué con respecto a qué? Esas son precisamente las cuestiones a las que Jesús está llamando nuestra atención.

En palabras de hoy, Jesús nos dice en Lucas 14: 26 algo así como: «¿Quieres venir en pos de mí? Lo primero es reconsiderar tus prioridades. ¿Quieres ser mi discípula, pero de verdad, no de la boca para afuera? Entonces debe verse, incluso en tus relaciones personales, qué orden de prioridades gobierna tu vida; y en la vida de un discípulo mío, yo soy el centro». Sobre esa supremacía de Jesús en nuestra mente y en nuestro corazón es que debemos construir nuestras relaciones personales.

¿Honrar a padre y madre? ¡Por supuesto! En función de mi amor a Cristo. ¿Tener amigos? ¡Claro que sí! Como un ministerio para ganar almas para Cristo. Eso es el discipulado. ¿Aborrecer? No exactamente, sino dar a Cristo el primer lugar y, después, organizar todos mis afectos en función de esta convicción.

Tomando como referencia el pasaje paralelo de Mateo 10: 37, resulta más claro el mensaje de Jesús: «El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí». Esta es una de las maneras en que confesamos a Cristo delante de los hombres: mostrando, en nuestra manera de vivir, de hablar y de relacionarnos, que él es lo que nos mueve.

El costo del discipulado sí es radical, pero no porque nos llame a odiar sino porque nos llama a amar de una manera diferente. Nos llama a amar teniendo a Cristo como filtro de ese amor. El filtro no soy yo; el filtro no es el otro; el filtro es Cristo.

Bienvenida al discipulado.

«Si alguno viene a mí y no aborrece a su padre, madre, mujer, hijos, hermanos, hermanas y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo» (Luc. 14: 26, RV95).

Un buen lema para hoy

«Puedes comer para mejorar tu capacidad cognitiva o puedes, sin saberlo, comer de tal manera que esta empeore».
Daniel Amen

Grandes compañías fabricantes de productos alimentarios contratan a neurocientíficos para que estudien los efectos de ciertos alimentos sobre el cerebro, particularmente los efectos del azúcar. El objetivo de contar con la colaboración de estos expertos en el funcionamiento del cerebro es producir alimentos que generen adicción, de tal manera que más gente los consuma; cuanto mayor el consumo, mayores las ventas y, por tanto, mayores las ganancias de esas empresas.

Mediante escáneres cerebrales, los científicos que trabajan para ellas estudian cómo reaccionamos neurológicamente al azúcar, y «han descubierto que el cerebro se ilumina con el azúcar de la misma manera que lo hace con la cocaína».* ¡Increíble! Ya ves, el azúcar provoca algo más que caries: provoca adicción, además de perjudicar la salud.

A las empresas sin alma no les interesa tu salud, les interesa tu dinero. ¿A quién debe preocuparle tu salud? A ti. Al Señor también le preocupa, pues te ama con amor de Padre. ¿Qué padre no sufre al ver a su hijo enfermo?

No es mi intención decirte hoy que dejes de comer azúcar, aunque sería una decisión ideal. Mi intención es ayudarte a tener consciencia de lo importante que es que cuides tu salud física a la par que cuidas tu salud espiritual. Dios nos llama a cuidarnos por fuera y por dentro, porque son muchas las repercusiones que tiene sobre los demás nuestra buena o mala salud; por supuesto, también tiene repercusiones sobre una misma, empezando por nuestra práctica de la fe.

Elena G. de White escribió: «La verdadera temperancia nos enseña a abstenernos por completo de todo lo perjudicial, y a usar moderadamente lo que es saludable. Pocos son los que comprenden debidamente la influencia que sus hábitos relativos a la alimentación ejercen sobre su salud, su carácter, su utilidad en el mundo y su destino eterno. El apetito debe sujetarse siempre a las facultades morales e intelectuales. El cuerpo debe servir a la mente, y no la mente al cuerpo» (*Patriarcas y profetas*, cap. 54, p. 545).

«El cuerpo debe servir a la mente, y no la mente al cuerpo»; un buen lema para hoy, especialmente a la hora de sentarnos a comer.

«¿Acaso no saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo, quien está en ustedes y al que han recibido de parte de Dios? Ustedes no son sus propios dueños; fueron comprados por un precio. Por tanto, honren con su cuerpo a Dios» (1 Cor. 6: 19-20, NVI).

* Michael Moss, *Adictos a la comida basura* (Barcelona: Deusto, 2016), p. 30.

Un aprendizaje que vale la pena

«Tenemos que aprender a afrontar el estrés como las cebras: sin preocuparnos por lo que no podemos controlar».
Amy Myers

De todo se puede aprender, incluso de una... cebra. En *Por qué las cebras no tienen úlcera,** Robert Sapolsky nos remite a una cualidad de este animal, que es uno de los que más altos niveles de estrés sufre. Cada dos por tres, una leona ataca la manada de una cebra. Desde que se inicia el ataque, la cebra, alertada por su sistema interno de alarma (estrés), se echa a correr al máximo de sus fuerzas, con la esperanza de no acabar en la boca de su atacante. La escena dura segundos y es de gran intensidad pero, si la cebra logra sobrevivir, al minuto siguiente estará de nuevo junto a su manada, tan tranquila como antes de la situación límite. ¡Cero nervios! ¿Cómo puede la cebra recuperar la calma tan rápidamente?

Si yo fuera una cebra, tras haber perdido de vista a la leona me preguntaría: ¿Y si está escondida y, en cuanto me relaje, me sorprende y esta vez me mata? ¿Y si me hubiera arrancado una pierna? ¿Cómo puedo vivir sin una pierna? ¿Y si mañana ataca a mi madre, que es más lenta que yo? Pero la cebra, no; la cebra no gasta absolutamente ninguna energía en preocuparse. Cuando a una cebra le sucede algo estresante, ella sencillamente actúa en el instante con todo lo que tiene; pero una vez la situación pasa, pasan también el estrés y la preocupación, y se centra ciento por ciento en otra cosa. Por eso, una cebra nunca tendrá úlcera.

En cambio yo... úlcera es lo menos que puedo tener cuando no soy capaz de dejar lo pasado en el pasado para vivir anclada en el presente, sin preocuparme por el día que acaba de pasar y tampoco por el de mañana.

Aquí, la fe juega un papel fundamental. ¿Por qué? Porque es precisamente la fe en Dios y en sus cuidados por mí lo que me permite anclarme en el presente, con este razonamiento: «Estoy en manos de Dios; él me trajo aquí y sus razones tendrá; yo voy a estar ciento por ciento presente, para que me use como considere. Al fin y al cabo, lo único que existe es este momento y en mi control no está ni tan siquiera el seguir viva. Por eso, con confianza plena en él, dejo en manos de Dios toda preocupación por aquello que no puedo controlar».

Lleva un poco de práctica el poder integrar en nuestra vida esta filosofía, pero vale la pena. ¿Por qué? Mañana te lo cuento. Por hoy, respira y no olvides anclarte siempre en el momento presente; como una... cebra.

«No se preocupen por el día de mañana [...]. Cada día tiene bastante con sus propios problemas (Mat. 6: 34).

* (Madrid: Alianza ensayo, 2008).

El estrés y el sistema inmune

«No permitas que tu mente intimide a tu cuerpo haciéndole creer que debes llevar la carga de tus preocupaciones».
Astrid Alauda

Hace sesenta años, el investigador Hans Selye descubrió, mediante experimentos con ratones, que el sistema inmunitario de estos animales era inhibido cuando se los sometía a diversas molestias, es decir, a estrés. Hoy por hoy está comprobado que existe una relación directa entre estrés e inflamación, que es la respuesta de nuestro sistema inmune ante una amenaza. Ni la inflamación ni la actuación alocada de las células inmunitarias que se sienten bajo ataque, son buenos para nuestra salud. Al contrario, son altamente perjudiciales.

Por «estrés» entiéndase no solo el físico (no dormir lo suficiente, sufrir una intervención quirúrgica, trabajar hastas acabar extenuadas, etcétera), sino también el emocional (una discusión con el cónyuge, una mala relación con los padres, un hijo con una dificultad física o mental, un problema laboral, estrechez económica, confinamiento por una pandemia...).*

Conviene diferenciar entre dos tipos de estrés: 1) el estrés agudo, que es el que experimentamos ante una situación puntual y, una vez la situación pasa, el sistema inmune vuelve a su estado basal (¿recuerdas a la cebra de ayer?); este tipo de estrés tiene mecanismo de parada. El problema es el tipo 2), el estrés crónico, el estrés como estilo de vida. Para expresarlo en una frase sencilla: para quien vive continuamente estresada (preocupada, angustiada), la sensación de estrés no llega nunca a desaparecer. Esto significa que su sistema inmune también se mantiene activado, porque no tiene la oportunidad de volver a su estado basal. De aquí a una enfermedad autoinmune hay un paso.

La ciencia nos abre los ojos a realidades a las cuales desde hace siglos viene señalando la Biblia; en este caso, la importancia de no afligirnos por nada, sino presentarlo todo a Dios en oración, para que él ponga en nosotras su paz. Y con respecto a la oración, también la ciencia tiene algo que decir: está demostrado que meditar y orar reducen los niveles de estrés. La paz de Dios se refleja en la mujer que confía en él de tal manera que el estrés crónico no hace presencia en su vida.

No permitas que tu mente intimide a tu cuerpo haciéndole creer que debes llevar constantemente la carga de tus preocupaciones; haz saber hoy a tu mente que esa carga la lleva Dios. Y repíteselo mañana. Y créetelo.

«No se aflijan por nada, sino preséntenselo todo a Dios en oración; pídanle, y denle gracias también. Así Dios les dará su paz» (Fil. 4: 6-7).

* Amy Myers, *La solución autoinmune* (Madrid: Edaf, 2015).

19 de abril

Para que nadie se gloríe

«La salvación no es una recompensa para los justos, es un regalo para los culpables».
Steven Lawson

«VIDA CRISTIANA» VK

Cuenta Tompaul Wheeler* que, en su último año de secundaria, tuvo que cursar una materia muy difícil: Anatomía. Cuando el profesor anunció la fecha del examen final sobre el esqueleto humano, Tompaul comenzó a reunirse con sus compañeros en la biblioteca para estudiar lo máximo posible. Memorizó día tras día los complicados nombres de todos los huesos del cuerpo humano, desde el cráneo hasta las falanges. El día antes del examen, se sentía totalmente confiado en que se lo sabía todo; no tenía duda de que sacaría la máxima nota.

Al entrar en la clase la mañana del examen, confiado en sus conocimientos, tuvo que detenerse bruscamente al ver que no había pupitres. Solo había huesos por todas partes. Aquella escena, que parecía la escena de un crimen, era el examen. Cada alumno tenía que identificar, recoger y ordenar los huesos de tal manera que recompusieran de cero un esqueleto humano.

Todos salieron decepcionados, pero la alegría llegó cuando el profesor les dio las notas. Considerando lo mal que lo habían hecho todos, el profesor decidió darle un diez al mejor (es decir, al menos malo de entre los malos). De ahí para abajo continuó con la puntuación. Fue por pura gracia que Tomapul pudo pasar una materia en la cual estabas seguro de que, por sus propios méritos, sacaría la máxima nota. A veces estamos intelectualmente convencidos de cosas que son totalmente erróneas.

R. C. Sproul escribió: «Tener un entendimiento sano de la salvación no es garantía de que tenemos la salvación que sanamente entendemos». Porque no hay ninguna garantía en nuestra inteligencia (limitada por siglos de pecado); ni en una mera comprensión intelectual del evangelio (a la cual le puede faltar la eficacia del amor y la transformación del carácter). La única garantía es la fe en que Cristo nos salva. No es por méritos nuestros; es por gracia de él. Ni siquiera en la fe hay méritos, pues «la fe no es la causa de nuestra salvación, sino únicamente el medio» (*Comentario bíblico adventista*, t. 6, p. 1006).

«¡Gracias a Dios, porque nos ha hecho un regalo tan grande que no tenemos palabras para expresarlo!» (2 Cor. 9: 15).

«Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe» (Efe. 2: 8-9, RV95).

---

* *No se trata de mí, se trata de ti* (Doral, Florida: IADPA, 2020), p. 54.

Sigue intentándolo

«Dios, que comenzó a hacer su buena obra en ustedes, la irá llevando a buen fin hasta el día en que Jesucristo regrese».
El apóstol Pablo

https://vidakristiana.blogspot.com/

Siendo adolescente, Demián Bucay, hijo del renombrado psicólogo argentino y autor Jorge Bucay, acompañó a su padre a una conferencia. Por aquel entonces, estaba pasando una etapa de rebeldía. Antes de iniciar la charla, alguien de la organización, cámara en mano, recorría la audiencia. Cuando se acercó a Demián, ignorando quién era su padre, le dijo: «¿Quieres hacerle alguna pregunta al doctor?». «Sí —respondió Demián—, quiero preguntarle si aplica en su casa lo que enseña en sus libros».

Media hora después, se proyectaba el video. De pronto, Demián apareció en pantalla; desde su silla, sintió vergüenza y deseó no haber sido tan cruel. «Ese es mi hijo —interrumpió Bucay—. Para responder a tu pregunta, hijo, te diría que lo intento. A veces no lo consigo, pero lo intento».*

Errores; quien esté libre de cometerlos, tire la primera piedra. Errores como atacar a un padre en público; errores como predicar algo que, aunque tal vez lo intentamos, no siempre logramos poner en práctica; errores como «no hago lo bueno que quiero hacer, sino lo malo que no quiero hacer» (Rom. 7: 19). Pero, como reconocería años después Demián Bucay: «¿Qué más se le puede pedir a una persona, que intentar ser fiel a lo que cree, aunque en ocasiones no lo consiga?».

Caminamos por la vida con distintos niveles de conocimiento; lo que sabemos hoy, no lo sabíamos ayer; y los errores que cometimos ayer, nos pesan en este instante. Así es el caminar cristiano: un continuo darse cuenta, que conduce a un despertar espiritual progresivo. En ese camino, el error o el pecado que acabas de cometer puede ser la clave para conocerte a ti misma, reconocer tu necesidad de Dios, arrepentirte y comenzar el proceso de conversión y transformación.

Equivocarnos es parte vital del aprendizaje y del crecimiento; nos permite ir dejándonos limar por el Espíritu Santo para asemejarnos cada vez más en carácter a Cristo. Eso es, claro está, si nos dejamos pulir por él.

Grandes errores los cometieron incluso héroes de la fe como Abraham, Jacob, Moisés, Rahab, Sansón o David..., y a pesar de ello forman parte de la galería de los héroes de la fe (Heb. 11). Porque la luz va en aumento, hasta el día en que Cristo regrese. No te desanimes; sigue intentándolo.

«Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (2 Ped. 3: 18, RV95).

* Jorge Bucay, *El camino de la espiritualidad* (Barcelona: Penguin House, 2010), pp. 10-11.

Ayudar sin generar dependencia

«Así dice el Señor: Maldito el hombre que en el hombre confía, y hace de la carne su fortaleza, y del Señor se aparta su corazón».
Jeremías 17: 5

Dos viajeros se cruzaron en el camino y se sentaron a conversar. De pronto, uno dijo:

—Estoy tan cansado que no sé si podré llegar a mi destino.

—Bueno, ambos vamos al mismo lugar —repuso el otro—. ¿Sabes cuánto falta para llegar?

—Veinte kilómetros.

—Tengo una idea genial —propuso—: caminemos diez kilómetros cada uno.

¡Qué idea tan «genial»! Es como pensar que puede otra persona vivir mi fe por mí, indicarme qué creer o qué hacer en el caminar cristiano. Nuestros hermanos y hermanas en la fe pueden acompañarnos en la vida, compartir con nosotras el mensaje, ayudarnos a ir a la Biblia por nosotras mismas, y todo eso es de gran valor; pero no podemos depender de nadie ni pedirle a nadie que sea conciencia nuestra. Nadie puede caminar por nosotras nuestro propio trayecto.

«Es mejor confiar en el Señor que confiar en grandes hombres» (Sal. 118: 9), dice la Biblia, porque por muy grandes que sean esas personas, son seres humanos. No hemos de depender de nadie que no sea el Señor.

«En todo su trato con los seres humanos, Dios reconoce el principio de la responsabilidad personal. [...] Desea asociar lo humano con lo divino, para que los hombres se transformen en la imagen divina. Satanás procura frustrar este propósito, y se esfuerza en alentar a los hombres a depender de los hombres. Cuando las mentes se desvían de Dios, el tentador puede someterlas a su gobierno. Dependan plenamente de Dios. Si obran de otro modo, les conviene detenerse» (*Mente, carácter y personalidad,* t. 1, cap. 29, p. 263). Este me parece un buen momento para que nos detengamos y reconsideremos, no sea que estemos fomentando la dinámica de la dependencia interpersonal; no sea que estemos depositando en otra persona lo que solo nos corresponde a nosotras.

«No podemos depender de ningún ser finito para ser guiados. La Roca de la fe es la presencia viva de Cristo en la iglesia. De ella puede depender el más débil, y los que se creen los más fuertes resultarán los más débiles, a menos que hagan de Cristo su eficiencia» (*El Deseado de todas las gentes*, cap. 45, p. 389). No quiere decir que no nos ayudemos unos a otros, sino que la verdadera ayuda siempre implicará invitarnos a ir a Cristo personalmente.

«No pongan su confianza en hombres importantes, en simples hombres que no pueden salvar» (Sal. 146: 3).

Recuerda que morirás

«La soberbia no es grandeza sino hinchazón;
y lo que está hinchado parece grande pero no está sano».
Anónimo

Según Tertuliano, escritor del siglo I, existía en la Antigua Roma la siguiente costumbre: cuando un general militar regresaba tras haber salido victorioso en batalla, la ciudad de los césares le prodigaba un recibimiento por todo lo alto. Por el Campo de Marte desfilaban el triunfador y sus tropas para rendir, a los pies del césar, los tesoros y prisioneros traídos de tierras conquistadas. El desfile triunfal era, en sí mismo, un premio para el general, porque constituía un gran honor.

Desde el comienzo de la marcha, hasta una coronación con laureles tal que, por un día, el general parecía hacer sombra al mismísimo emperador, había un siervo que tenía un encargo muy peculiar. Para que el militar no olvidara que aquel era un momento puntual y pasajero, Julio César encargaba al esclavo que estuviera en todo momento detrás del héroe y, alzando una corona sobre su cabeza, repitiera constantemente las palabras: *Respice post te! Hominem te ese memento!*, que, en español, significa: «¡Mira tras de ti! Recuerda que eres un hombre». La frase tenía como objetivo impedir que el general victorioso cayera en el orgullo y la soberbia. Así que el papel del esclavo era recordarle al simple mortal que la soberbia no es grandeza, sino una hinchazón malsana.

¿Quién desempeña ese papel en tu vida? ¿Quién te recuerda que eres humana y, por tanto, falible, limitada, dependiente de Dios? ¿Tal vez son las relaciones laborales que, de vez en cuando, te hacen sentir impotente cuando creías que lo tenías todo bajo control? ¿Tal vez es tu pareja, tus hijos, las estrecheces económicas, o una enfermedad que se ha convertido en aguijón en tu carne? ¿Por qué no lo percibes como algo al servicio de Dios, para que nunca pierdas la perspectiva de lo que fuiste, lo que eres y lo que serás? Con esa perspectiva, te será fácil comprender que no hay razón para sentirte orgullosa.

Aunque según los parámetros humanos, los grandes honores conducen al orgullo, bíblicamente hablando «tras el orgullo viene el fracaso; tras la humildad, la prosperidad» (Prov. 18: 12). «Si alguno quiere gloriarse, que se gloríe del Señor. Porque el hombre digno de aprobación no es el que se alaba a sí mismo, sino aquel a quien el Señor alaba» (2 Cor. 10: 17-18). Si queremos presentarnos delante de Dios como dignas de aprobación hemos de tener cuidado con mantener a raya toda manifestación de soberbia.

Quien se hincha por sus grandes «logros» parece la gran cosa, pero no está sano. La humildad, en cambio, es fuente de salud emocional, espiritual y física. Y no solo eso, sino que además, conduce a la verdadera sabiduría.

«El orgullo acarrea deshonra; la sabiduría está con los humildes»
(Prov. 11: 2).

Aprender a desaprender

«El aprendizaje es fundamental en el desarrollo del cerebro, pero no es menor la importancia del desaprendizaje».
Enric Corbera

Cuenta una historia que un joven, ansioso por aprender, visitó a un sabio para que lo aceptara como alumno. Este lo recibió en su casa y comenzó a servirle una taza de té. Cuando la taza se llenó, el sabio continuó derramando líquido sobre ella, sin inmutarse. Alarmado, el joven dijo:

—Maestro, la taza está rebosando; no siga echando más.

—Esto es lo primero que necesitas aprender —le dijo el sabio—: al igual que esta taza, tu mente está llena. Llena de opiniones y conceptos. Para que puedas aprender de verdad, debes vaciarte de conceptos erróneos; de lo contrario, no podré enseñarte nada.

—¿Tengo que vaciarme para poder llenarme? —preguntó el aprendiz.

—Sí —respondió el sabio—; una taza solo sirve cuando está vacía.

Lo sé por experiencia propia: el gran reto de mi vida ha sido desaprender; vaciarme de mis conceptos para llenarme de los de Cristo. Sé lo difícil que es. Pero peor es seguir manteniendo una rigidez que nos impide cuestionarnos a nosotras mismas, y que nos vuelve incapaces de percibir la verdad tal como es.

El gran reto de la vida es vaciar nuestra mente de preconceptos erróneos para llenarla con los principios y valores que enseñó Jesús. «Aprendan de mí», dijo él. Y, de hecho, lo que el evangelio nos revela a través de la vida de Jesús es una nueva forma de ver a Dios, de entender su creación, de relacionarnos con los demás y de practicar la fe de una manera que tenga sentido.

Elena G. de White escribió: «Dios no convertirá a los hombres y las mujeres en conductos de luz, mientras estén en las tinieblas y se conformen con permanecer en ellas, sin hacer esfuerzos especiales para relacionarse con la Fuente de la luz. [...] Cada uno tiene mucho que desaprender respecto de sí mismo, y también mucho que aprender. Debe deshacerse de antiguas costumbres, y la victoria se puede obtener únicamente mediante empeñosas luchas para corregir estos errores y la plena recepción de la verdad para poner en práctica sus principios, por la gracia de Dios» (*Consejos para la iglesia*, p. 438).

Y aunque «desaprender es un trabajo difícil, por cuanto ideas censurables han echado raíces en las mentes como la maleza en un jardín» (*La educación cristiana*, cap. 54, p. 354), no es imposible, siempre y cuando nos relacionemos con la Fuente de la luz. Aprendamos de Cristo, mientras desaprendemos todo lo que no encaja con sus enseñanzas.

«Aprendan de mí, que soy paciente y de corazón humilde»
(Mat. 11: 29).

Cerrar la boca, abrir el corazón

«El silencio me invita a cerrar la boca para abrir el corazón».
Margaret Feinberg

Recientemente, vi el emotivo video de Nita y Charlie Franks.* Nita es una elefanta, y Charlie Franks es la persona que la crio desde bebé. Pero cuando Franks se retiró, la regaló al Zoológico de San Diego, Estados Unidos. Quince años después, se produjo el reencuentro.

Curioso por saber si Nita reconocería la voz de su dueño tras quince años sin verlo, un cámara de televisión captó el momento. Desde 100 metros de distancia, Charlie llamó a Nita; ella, al instante, reconoció su voz y fue directa hacia él. En eso de reconocer la voz de mi «Dueño», ciertamente yo estoy mucho peor que Nita.

Yo tengo un defecto, y es que me cuesta escuchar. Si le preguntas a mi amiga Clarita, te lo confirmará. Cuando me habla, ya termino yo las frases por ella. Menos mal que me frena, ayudándome a darme cuenta; si no, nuestras «conversaciones» serían un monólogo mío, que me incapacitaría para reconocer su voz y darme cuenta de su carácter. Llevada esta mala costumbre a la relación con Dios, también sé que estoy mal cuando la única voz en mi cabeza es la mía: yo le pido, yo le hago preguntas, yo le hablo..., y yo termino las frases, asumiendo que sé lo que Dios va a decir. Eso me incapacita para reconocer su voz y darme cuenta de su carácter. Lo cierto es que no sé qué me va a decir (y si solo me escucho a mí misma, nunca lo sabré).

Quiero ser como Nita: quiero aprender a reconocer la voz de mi «Dueño», al instante y a la distancia. Pero eso requiere una actitud de escucha; requiere hacer silencio y tener disciplina. Desarrollar ese arte es un reto para quienes vivimos en este mundo bullicioso y lleno de distracciones. El silencio es incómodo; estar quietas resulta difícil; y así, es imposible conocer que Dios es Dios.

Si aprendo a hacer momentos de silencio y espacio todos los días, tal vez descubriré que Dios no es como yo creía; tal vez oiré que pone en mi mente el nombre de alguien que necesita mi ayuda; tal vez me daré cuenta de un pecado que cometí y de que debo pedir perdón; quizás entienda que debo reorganizar mi lista de prioridades, para que esté acorde con una vida de silencio y oración, no de distracción, entretenimiento e interrupciones constantes.

Aprender a estar quieta, para reconocer que Dios es Dios. O, dicho en palabras un poco más bruscas pero espero que efectivas: cerrar la boca, para abrir el corazón.

«Estad quietos, y sabed que yo soy Dios»
(Sal. 46: 10, LBLA).

---

* Elephant Update, «Visiting with Huell Howse», https://youtu.be/vOupIZQkl8E [consultado en julio de 2022].

Lo que no hay que descuidar jamás

«No descuides el don que hay en ti».
Pablo

Una madre estaba en una habitación de hospital con su recién nacido en brazos. El bebé había muerto, pero ella no era capaz de entregar el cuerpo. Los enfermeros y médicos de Neonatos habían intentado convencerla de que lo entregara, pero sin éxito. Decidieron entonces llamar a la doctora Davis, que no trabajaba en la Unidad de Neonatos pero todos hablaban de lo bien que se le daba tratar a las personas que estaban sufriendo.

La doctora Davis llegó y se sentó un rato en silencio. Después, le dijo a la mamá: «Me encantaría tener a su precioso niño en brazos». La madre se lo dio cuidadosamente, y la doctora Davis se quedó dos horas con ella, hablándole del duelo, de la vida y la muerte, ayudándola a asimilar la realidad de la pérdida de su hijo. Por fin, la mamá dio el permiso para proceder administrativamente con el cuerpo del bebé.

Al día siguiente, la mamá llamó al hospital:

—¿Se encuentra la doctora Davis? —preguntó.

—No ahora mismo, pero viene más tarde. Si quiere cuando llegue le digo que la llame —le respondieron.

—No, yo no quiero hablar con ella, solo quería saber si era una mujer real, porque llegué a la conclusión de que debía de ser un ángel.

Esta experiencia es tremendamente poderosa, porque nos muestra que la vida, incluso la vida laboral, es una serie de oportunidades que se ponen delante de nosotras para marcar una diferencia a través de nuestros dones individuales. ¿Cuáles son los dones con los que Dios te ha bendecido a ti personalmente? Valora la posibilidad de entregarlos a él y no a ti misma; desarróllalos para el bien de la humanidad por amor a su Creador.

«Dios nos ha dado diferentes dones, según lo que él quiso dar a cada uno. Por lo tanto, si Dios nos ha dado [...] el don de servir a otros, sirvámoslos bien. El que haya recibido el don de enseñar, que se dedique a la enseñanza; el que haya recibido el don de animar a otros, que se dedique a animarlos. El que da, hágalo con sencillez; el que ocupa un puesto de responsabilidad, desempeñe su cargo con todo cuidado; el que ayuda a los necesitados, hágalo con alegría» (Rom. 12: 6-8).

«No descuides el don que hay en ti» (1 Tim. 4: 14, RVC). Jamás.

«Entréguense completamente a Dios. [...] Usen todo su cuerpo como un instrumento para hacer lo que es correcto para la gloria de Dios» (Rom. 6: 13, NTV).

Lo que llevas dentro

«Procura siempre ponerte algo que combine;
por ejemplo, la cabeza que haga juego con el corazón».
Anónimo

Un vendedor de globos ofrecía su producto por las calles de la ciudad de Nueva York. Cuando las ventas se le caían, soltaba un globo al aire para que los niños lo vieran. En esas ocasiones, siempre soltaba globos de colores, por lo que un día, se le acercó alguien:

—¿Por qué siempre suelta globos de colores y no uno negro o uno blanco? ¿Cree que si no tienen color no se elevarán al cielo? —le preguntó.

—Lo que eleva el globo al cielo no es su color externo, es lo que lleva dentro —respondió el vendedor.*

Qué peligroso es alimentar la idea de que lo externo importa más que lo interno; por ejemplo, que el color de piel que tenemos, la belleza de la ropa que llevamos, el precio del auto que manejamos o el prestigio de la carrera que estudiamos nos elevan de alguna manera sobre los demás (nos hacen superiores, más valiosas). Es importante poner freno en nuestra cabeza a todo tipo de consideración que separa a los seres humanos por categorías. Cuidemos nuestra mente de caer en errores de este tipo, porque son antibíblicos.

Como dijo Jesús, ay de nosotras si a lo que aspiramos es a recibir el honor de la gente y, en la prosecución de esa meta, nos convertimos en sepulcros blanqueados, es decir, en mujeres muy bonitas por fuera, pero muy podridas por dentro (ver Luc. 11: 39-53). Dios nos llama a una coherencia entre lo que se ve de nosotras y lo que somos en realidad; por eso, procura ponerte siempre algo que combine, como una cabeza convertida que se manifiesta en palabras y obras auténticas y del corazón.

¿Sabes? Cuando sentimos que tenemos que proyectar una imagen, lo único que estamos mostrando es nuestra inseguridad, la diferencia que existe entre lo que pensamos de nosotras mismas y lo que queremos que piensen los demás. Pero en realidad no tenemos que demostrar nada a nadie, porque todo ser humano tiene un valor incalculable.

No tienes nada que demostrar; en todo caso, tienes que mostrar: mostrar que ese amor que no hace acepción de personas es el valor más elevado y que más nos eleva, como hermosos globos de colores que llaman la atención de los demás, haciéndoles desear llevar por dentro lo mismo que nosotras llevamos. ¿Y qué es lo que nosotras llevamos? Una preciosa fe que obra por el amor.

«Cuida tu mente más que nada en el mundo,
porque ella es fuente de vida» (Prov. 4: 23).

---

* J. Vladimir Polanco, *Como él nos ve* (Doral, Florida: IADPA, 2020), p. 48.

La familia de los que no tienen familia

«¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? Los que oyen la palabra de Dios y la obedecen». Jesús

Según testimonios de supervivientes de Auschwitz, donde sucedieron atrocidades como exterminios masivos, trabajos forzados, privación de alimento, frío extremo y malos tratos emocionales, «las mujeres soportaban el suplicio del campo de concentración mejor que los hombres. A diferencia de los hombres, cuya tendencia era ser solitarios, las mujeres formaban familias en sustitución de la suyas propias cuando estas perecían, convirtiéndose así en hermanas, hijas y madres unas de las otras. Compartían la comida, limpiaban las dependencias juntas y celebraban en grupo. Casi todas las mujeres supervivientes afirmaron que no podrían haber seguido viviendo sin la ayuda y el apoyo de otras mujeres».*

El Señor nos concede dos tipos de familia: la biológica y la espiritual. De eso, Jesús habló. Cuando cuestionó «¿quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?» (Mat. 12: 48) no quiso decir que la familia carnal no es importante. Incluso cuando no nos comprenden o cuestionan nuestras decisiones por causa del evangelio (tal como le pasó a Jesús), nuestros padres y hermanos son cruciales y hemos de honrarlos. Pero existe otra familia: la que formamos quienes oímos la Palabra de Dios y la obedecemos. Si no tenemos la visión de convertirnos en las hermanas, hijas y madres en la fe de las personas con quienes compartimos este mundo de conflicto, estaremos mermando nuestras posibilidades de supervivencia y haciendo más árido nuestro camino a la vida eterna.

La iglesia tiene la elevada misión de convertirse en una familia, especialmente para quienes no tienen familia. Si en muchas ocasiones no es así, y una puede llegar a sentirse más sola en la iglesia de lo que se siente incluso en la soledad de su casa, tal vez sea porque no hemos entendido la importancia que tiene el sentirse apoyada, acompañada, ayudada por otros. Es tan, pero tan importante, que millones de mujeres consideraron que no hubieran podido sobrevivir a los campos de concentración del nazismo de Hitler de no haber sido por la familiaridad que encontraron en otras mujeres. No solo es importante: es vital.

¿Actuamos como hermanas, madres e hijas de los demás? ¿Somos realmente la familia de los hijos de Dios? Jesús nos llama a considerar esto seriamente.

«Comparten con el pueblo santo los mismos derechos, y son miembros de la familia de Dios» (Efe. 2: 19).

---

* Bonnie Anderson y Judith Zinsser, *Historia de las mujeres. Una historia propia* (Barcelona: Crítica, 2009), p. 815.

El privilegio de ser una familia alternativa

«Me sostengo con el amor de mi familia».
Maya Angelou

Por increíble que nos pueda parecer, existe en Japón una industria de alquiler de familias.* Se puede alquilar por horas a una persona para que haga las funciones de padre, madre, cónyuge, hermano o amigo. La soledad se ha convertido en un problema social tan grande en ese país que resulta posible contratar los servicios de un familiar o amigo de alquiler.

¿Para qué se paga por este servicio? Para hablar abiertamente de cosas que uno no se atreve a contarle a nadie del entorno por miedo a ser juzgado; para tener unos padres ideales el día de la boda en caso de que los propios no quieran asistir o no den la talla; para que un hijo sea aceptado en una institución educativa donde se evita aceptar a niños de familias monoparentales... En algunos casos, la relación, en primera instancia profesional, se transforma en algo personal, y se mantiene el contacto de ahí en adelante. Tal vez no sea una familia ideal, pero sí funcional.

Esta peculiaridad de la sociedad japonesa tiene mucho que ver con lo que hablábamos ayer: el ser humano necesita sentir la presencia, el apoyo, la familiaridad, la ayuda y la cercanía de otros seres humanos. Si contratar los servicios de alguien puede, de alguna manera, satisfacer esta necesidad interior, imagínate lo que sucede cuando contamos realmente con el cariño, el compañerismo, la ayuda, el consuelo y el apoyo de hermanos y hermanas en Cristo que sienten compasión por el ser humano que sufre y van en su búsqueda para llevarle consuelo. Responder a este llamado es algo que está en nuestra mano hacer, y hacerlo gratuitamente, así como hemos recibido de gracia la salvación.

¿Qué hacemos con el privilegio de poder convertirnos en familia de Dios para alguien?

Es un privilegio a nuestro alcance que solo requiere dos cosas:

1. ser conscientes de que mucha gente sufre, no solo de soledad, sino de todo tipo de dolor físico, espiritual y existencial, y nos necesita para que su dolor sea más llevadero y para tener esperanza; y
2. pedir a Dios la sabiduría y el poder necesarios para convertirnos para otros en esa familia que Jesús nos llama a ser, porque sabe que lo necesitamos.

Es una decisión que nos toca tomar.

«Permanezca el amor fraternal» (Heb. 13: 1, RV95).

---

* Aunque esta realidad social japonesa está documentada en muchas y variadas fuentes desde el año 2020, resulta de especial interés la entrevista al director de una de esas empresas en https://www.youtube.com/watch?v=UEhYMirs7fk [consultado en 2021].

29 de abril

¿Seguro que no estás perdida?

«Esta vida no es justicia, sino crecimiento en rectitud; no es salud, sino curación».
Lutero

«VIDA CRISTIANA»
VK

Una abuela paseaba con su nieto de cinco años por un centro comercial cuando, en un descuido, el pequeño se le perdió. Angustiada, dio la voz de alarma y los guardias de seguridad comenzaron la búsqueda. Tras veinte minutos de oraciones y lágrimas, la abuela vio a la distancia a un agente que traía a su nieto de la mano; ahora, lloraba de alegría. Cuando se encontraron y el pequeño vio sus lágrimas, le preguntó: «¿Por qué lloras, abuela, estás perdida?».*

Estar perdidas sin saberlo, así como le sucedió al pequeño de esta historia, es algo que también nos puede pasar a nosotras, porque existen dos maneras de estar perdida: fuera de la iglesia (como el hijo pródigo) o dentro de la iglesia (como la oveja y la moneda perdidas). Estando dentro de la iglesia puede suceder que, sabiendo que estamos perdidas, no sepamos cómo volver, porque con la cabeza entendemos el evangelio pero nuestras obras niegan su eficacia; y también nos puede suceder que ni siquiera nos demos cuenta de que estamos perdidas, porque nuestras «buenas obras» nos parecen evidencia de salvación (¿recuerdas el caso del joven rico?).

Precisamente por esto es que el legalismo es una manera tan peligrosa de vivir la religión, porque nos hace creer que estamos bien, pues hacemos lo que agrada a Dios; pero lo hacemos por los motivos incorrectos. Por eso «Jesús contó la parábola [del publicano y el fariseo], para algunos que, seguros de sí mismos por considerarse justos, despreciaban a los demás» (Luc. 18: 9); esos eran los fariseos, que se creían merecedores del cielo porque hacían «buenas obras», como ayunar, devolver el diezmo, no robar o no adulterar (ver Luc. 18: 11-12). Pero eran justamente sus «buenas obras» las que les impedían darse cuenta de que estaban perdidos, pues los conducían al autoengaño de una complacencia orgullosa.

Elena G. de White escribió: «Los religiosos profesos no están dispuestos a examinarse minuciosamente para ver si están dentro de la fe. [...] Al parecer creen que solamente por el hecho de profesar una fe serán salvos».** Y por eso están perdidos, porque esta es la peor situación de todas. Y tú, ¿tienes tal confianza en tus obras, en tu profesión de fe, que no te examinas minuciosamente por si estás perdida? ¿O estás dispuesta a examinarte minuciosamente para ver si estás dentro de la fe? La salvación no viene por profesar fe, sino por creer en Cristo y amarlo con todo nuestro ser.

«Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, pero estás muerto» (Apoc. 3: 1, LBLA).

---

* Artículo de Pedro y Cecilia Iglesias publicado en *Prioridades*, noviembre de 2020.

** *Testimonios para la iglesia* (Doral, Florida: IADPA), t. 1, p. 173.

La esperanza: ese pedacito de cielo azul

«Mantén siempre un pedacito de cielo azul encima de la cabeza». **Marcel Proust**

https://vidakristiana.blogspot.com/

Una maestra asignada a un plan de estudios para niños hospitalizados recibió una llamada de rutina. Anotó el nombre del pequeño, el número de habitación de hospital y las instrucciones: «Debes enseñarle los adverbios». Se puso en camino, sin saber que el niño estaba gravemente quemado.

Cuando vio al pequeño, se quedó terriblemente impresionada. Solo atinó a susurrarle: «Me envió tu escuela para ayudarte con los sustantivos». Y procedió a enseñarle la materia. Sin embargo, al irse, sintió que no había logrado nada.

Al día siguiente, una enfermera le preguntó: «¿Qué le hizo usted ayer al niño?». Creyendo que había hecho algo malo, la maestra comenzó inmediatamente a disculparse. «¡No!», interrumpió la enfermera, «es que la actitud del niño ha cambiado. Está respondiendo al tratamiento cuando antes se había rendido». Cuando le preguntaron al pequeño qué había marcado la diferencia, dijo: «Yo estaba sin esperanza hasta que llegó la maestra. No la enviarían a explicarme los sustantivos si me estuviera muriendo, ¿verdad?». Recuperar la esperanza de poder vivir generó en él un cambio de actitud.*

Aferrarse a la vida, algo tan natural para muchos, resulta cuesta arriba para otros, que no logran ver más allá de las dificultades, las pérdidas, las heridas, los fracasos y las decepciones. Les falta esa brújula que marca siempre el norte: la esperanza. Tener una esperanza respecto al mañana es clave para vivir el hoy con toda la ilusión que Dios es capaz de poner en nuestro corazón. Y si existe una esperanza que realmente lo cambia todo es la esperanza en la vida eterna: pase lo que pase aquí, lo que nos espera allá hará que haya merecido la pena y que podamos decir: «¿Por qué voy a inquietarme? ¿Por qué me voy a angustiar? En Dios pondré mi esperanza, y todavía lo alabaré» (Sal. 42: 11). Porque «Dios no envía sin propósito pruebas a sus hijos. Nunca los conduce de otra manera que la que ellos mismos habrían elegido si pudieran ver el fin desde el principio».**

Querida amiga, «que el Dios de la esperanza te llene de toda alegría y paz a ti que crees en él, para que reboses de esperanza por el poder del Espíritu Santo» (Rom. 15: 13).

«Yo sé los planes que tengo para ustedes, planes para su bienestar y no para su mal, a fin de darles un futuro lleno de esperanza» (Jeremías 29: 11).

---

* Mark Finley, *Esperanza. Cómo vivir en un mundo destrozado* (Doral, Florida: IADPA, 2020), pp. 82-83.

** Elena G. de White, *En los lugares celestiales* (Doral, Florida: IADPA, 2013), p. 268.